

## PROFESORADO EMÉRITO AL INGENIERO TEODORO HARMSSEN

Señoras y señores:

La Universidad Católica, el claustro que nos reúne, puede sin lugar a dudas reconocer con orgullo sus muchos logros materiales, que relucen especialmente en un medio social como el nuestro, tan limitado y austero en el terreno de la educación. Durante sus ya más de ocho décadas de existencia, ella no ha cesado de ampliar y modernizar sus aulas y ha visto renovadas, en cada generación, las magnitudes de sus laboratorios y de sus bibliotecas, creando modernos ambientes en donde es posible adentrarse en los avatares más actuales del saber. Sus extensos patios, que atraen la atención de propios y extraños, preservan un cautivante verdor y componen un espacio hospitalario favorable a la reflexión y al estudio.

Todo ello, empero, se reduciría a una mirada superficial, si fuese nuestro propósito explicar de qué materia está hecha la riqueza verdadera de nuestra Casa. Porque más allá de cuanto ella posee, la Universidad Católica encuentra su valor auténtico y perdurable, lo que ella ha sido y lo que ella es hoy, en eso que llamamos nuestra tradición y nuestro espíritu. Y cómo explicar estas calidades que nos otorgan identidad sin referirnos a

las personas que, con su presencia y su quehacer, ponen en acto su esencia y así cumplen la naturaleza más propia de la institución.

Por ello, porque ante todo somos una comunidad de personas y consideramos lo humano como valor superior, nos sentimos complacidos cuando honramos al ingeniero Teodoro Harmsen, quien de modo ejemplar nos ha mostrado, a lo largo de más de medio siglo, cómo se lleva adelante la vida universitaria, entendida no como un conjunto de episodios ocasionales, sino como existencia larga y fecunda que exhibe orgullosa frutos plenos en las generaciones que ha contribuido a formar. Señalado por la rara virtud de la constancia, el ingeniero Harmsen aparece dentro de la historia de nuestra Universidad como una persona excepcional a quien se reconoce como maestro, pues maestro es, en verdad, quien, como él, sabe que la enseñanza es aprendizaje continuo, diálogo apasionado con la realidad en vistas no sólo a comprenderla sino también a actuar sobre ella. Todo esto animado por una vocación de servicio que es, en el caso de quien enseña, invitación seductora hecha a los alumnos para que dirijan su interés no sólo a los terrenos de la teoría, sino también a los de la praxis solidaria.

Las inquietudes que encontraron su hogar en el espíritu del ingeniero Harmsen, conspicuo constructor y eminente catedrático de nuestra

especialidad de Ingeniería Civil, nunca se han sentido satisfechas con las obras ya concluidas o los métodos ya ensayados. Como ingeniero que es y, por tanto, como hombre que despierta su ingenio para vencer la hostilidad de la naturaleza y convertirla en morada humana, Harmsen nos ha enseñado que la mente debe abrirse sin concesiones a la indagación y a la innovación, propósito que, en el Perú, posee un significado especial. Nuestra realidad, quizá no sea necesario recordarlo, suele ser mezquina en recursos y abundante en carencias. Por ello es fácil rendirse a la medianía o al conformismo en una actitud que profundiza aun más la pobreza que hemos heredado para entronizarla como barrera insalvable. Hay empero quienes se niegan a rendirse a los desafíos y piensan que la excelencia y la calidad son propósitos a los que debemos siempre dirigirnos, sin sentirnos menoscabados por las dificultades que el entorno nos ofrezca. Nuestro homenajeado es uno de esos personajes.

Fiel a sus convicciones, puesta su fe en las generaciones nuevas, los trabajos y los días del profesor Harmsen nos revelan un elevado destino: el de formar aquellos ingenieros civiles que procuran la excelencia para dar forma y sustento a espacios seguros y confiables en los que los peruanos podamos vivir y prosperar.

Bien hemos de decir entonces que el ingeniero Harmsen, experto en estructuras, es consciente de que, tras la solidez de los cimientos con los que construimos los recintos que constituyen el hogar, existe un fundamento más elemental, una delicada materia que es la preocupación mayor de la Universidad: la inteligencia humana, que, bien comprendida, es tanto razón como pasión, inteligencia que al enfrentarse a la naturaleza despierta a la imaginación para de esa forma transformar el espacio y ofrecerle nuevos significados. Así pues, dedicándose con el ímpetu que todos le conocemos a la docencia y plasmando sus enseñanzas en manuales que constituyen emblemas de la precisa alianza entre el conocimiento cabal y el sentido didáctico, nuestro homenajado proyecta también, esta vez en el terreno de las calidades humanas, su infatigable vocación de constructor.

Ahora bien, en la tarea de trazar los rasgos que perfilan a Teodoro Harmsen no podríamos, si buscamos de él un ajustado retrato, reducirnos a la plenitud con la que ha asumido su profesión en la aplicación del cálculo y la ponderación de la correcta combinación de elementos. Debemos agregar, como rasgo esencial de su carácter, el profundo compromiso con la vida y la preocupación moral que brota de las fuentes del mensaje cristiano. Así, al conocimiento razonado de la substancia del mundo, el ingeniero Harmsen añade la búsqueda de la verdad trascendente en la fe, la

cual con esa luz que le es propia otorga a su vida y a su obra un extraordinario suplemento de sentido. Y así como asume él su profesión de manera activa y no como un ejercicio rutinario, con este mismo talante vive su fe católica, credo que no es para él simple definición, vacía de sentido y compromiso, sino auténtico modo de vida y reserva de valores para la práctica diaria. Todo ello podría ser vislumbrado por quien lo observara en las liturgias participando en la lectura de los textos sagrados y entregando con unción el cuerpo de Cristo.

Jefe de familia ejemplar, fiel compañero de su entrañable esposa Ana Teresa, el ingeniero Teodoro Harmsen, a lo largo de su existencia, ha dejado huellas que sólo imprime quien es caballero honesto e intachable, amigo leal y, en fin, hombre que dialoga con Dios en lo íntimo de su corazón.

Señoras y señores :

He intentado, vanamente, abarcar en pocas palabras al enorme y rico paisaje de una existencia dedicada al servicio del país y de nuestra Casa de Estudios. Desearía que como corolario de mi decir algo quedara muy en

claro: el reconocimiento sincero de esta comunidad universitaria a quien tanto le ha entregado. Esta gratitud ingeniero Harmsen, hallará quizás su expresión más cumplida en los símbolos que hoy le confío y por los cuales se inscribe usted en nuestra vida institucional como Profesor Emérito del Departamento de Ingeniería. Recíbalos con las muestras de nuestro comprometido afecto.

**SALOMÓN LERNER FEBRES**

**RECTOR**

Lima, 18 de Julio del 2000.